

Macedonio Fernández, mitólogo
Poema al astro de luz memorial

Enrique Flores

*Como un viejo libro enseña,
Atenas y Oraibi son parientes.
Aby Warburg*

Más que un buen escritor, dice Borges, Macedonio fue un gran conversador, un *hablador* (como el mítico “hablador” machiguenga de Vargas Llosa). Decir, otra vez, que Macedonio es un invento de Borges es un lugar común que revela, sin embargo, algo cierto: el *mito* de Macedonio, según Borges. Un mito que podemos llamar ambivalente: hecho de admiración y, sin duda, también de negación. O por lo menos de (una mayor o menor) incomprensión.

Borges no entiende la obra de Macedonio. Y menos su poesía. Que, por lo demás, pocos valoran. Se piensa, por ejemplo, que, si alguna serie de poemas merece recordarse, es la de *Muerte es beldad* (fechada en 1920-1922, a la muerte de su esposa, Elena de Obieta, y publicada en una edición muy marginal, veinte años más tarde, en La Plata), con un prólogo añadido luego: “Manera de la psique sin cuerpo”, y un poema axial: “Elena Bellamuerte”.

El poema más breve de la serie sintetiza la obsesión (y la *poética*) de Macedonio:

Amor se fue. Mientras duró
de todo hizo placer.

Cuando se fue,
nada dejó que no doliera.

*

Pero la poesía de Macedonio no se detiene en esas obras intensas, aunque “neoclásicas” (o “barrocas”) en su forma y en su concepción. El *Museo de la Novela de la Eterna* es, aunque lo ignoremos, una obra esencialmente poética. Otro texto, el *Poema de trabajos de estudios de las estéticas de la siesta* (sólo en apariencia filosófico y plenamente solar) tiene su doble en el *Poema al astro de luz memorial*, dedicado a la luna, que Fernández Moreno vinculó al *Zaratustra* de Nietzsche —como en el poema de la siesta resuena *La canción del mediodía*.

Góngora compuso una *Soledad primera* y una *Soledad segunda*. Sor Juana sólo un *Primero sueño*: inacabado, astronómico, lunar, con paréntesis solar, como el de Macedonio.

*

Poema al astro de luz memorial

“Yo todo lo voy diciendo para matar la muerte en ‘Ella’”. Esta es la motivación central de la poesía de Macedonio. Su escritura no tiene otra causa. Ese es el epígrafe del poema. Y de cualquier otro poema. La muerte —la muerte de la persona amada— es la única “razón” de la poesía. Hay, además, una “tesis”: “Es más Cielo la Luna que el Cielo, si una cordialidad de la altura es lo que buscamos”. *Cordialidad*: una pasión (secundaria y familiar) por la luna.

Lo que está en juego es lo que Macedonio llamaba la “Delicadeza del Cosmos”. La luna es, así, un “Astro terrenalicio de la luz segunda”, cercano a la “Astronomía casera”:

Astro terrenalicio de la luz dulce
que, con aventura extraña, visitas las noches de la Tierra, unas sí y otras no,
pero siempre de una noche para otra con diversa libertad de visita, siempre
más breve y más detenida.

“Aparento creer”, dice Macedonio en una nota, “reformando la Astronomía casera, la de la Tierra [diferente, supongo yo, a la de los espacios infinitos], que la Luna se muestra cada noche siguiente a una de ocultación”. Y esas *visitas* comienzan a volverse familiares:

Y cada serie de tus visitas comienzas tímidamente, y mitad creces noche a noche y mitad decreces noche a noche, haciéndote un visitante diferente de noche en noche, para en mínimo ser cual comenzaste partir a un no volver de algunos días.

Lenguaje familiar, y luego mínimo y hasta inexistente. Y vida *idem*. Como en las pinturas utópicas de Xul Solar, tan admirado por Macedonio. Astrología musical y reforma del lenguaje. Pues, como dice Macedonio, hay que suplir las “Astronomías Pasivas” por las “Astronomías Constructivas” –consumando, así, “la crítica de la Contingencia o Mundo”.

El astro incierto plantea una pregunta existencial sobre la plenitud y el vacío. Pero también pregunta por qué la muerte, la ausencia, la voluntad lunar de no acudir esos días:

Astro terrenalicio de un día sí y otro no, de una vez más y otra menos, pero que no dejas nunca de serlo.

¿Para qué astro eres entonces visita de sus noches, pues no eres terrenal en tus ciertas ausencias? ¿O es que los otros días piensas en ti sola como sólo en la tierra en las noches de tu plena luz?

Lenguaje metafísico, pero arraigado en la experiencia subjetiva, inmediata. Como en *bricolage* –montaje, pensamiento salvaje. Ciencia barroca, lenguaje, ignorancia barroca:

Trechos de tu órbita la Tierra no los sabe, y ella tan cierta está de algún imposible tuyo para tenerse en sus noches, y este amor alternante no se enduda. En tanto, en mí, hombre, de toda continuidad en humano amor me puso incurablemente en sospecha.

Aquí surge la duda metafísica. La duda sobre la realidad del mundo y, en el fondo, sobre la realidad del amor. Y al mismo tiempo, la obsesión, la locura: la sospecha. La razón astronómica se pierde en el remolino –golpe de dados, azar. La luna aparece como lugar de los naufragios: “También como la Tierra, yo creo que sólo por Imposible ayer no estabas”.

Y el poeta y la imagen de la muerte. El poeta *lunar*, “secundario” –astro segundo:

Dile a un poeta que no lo sabe todo, si está hecha tu ausencia con un pensar en ti, o quizá con un lucir a otro. Porque Poeta es saberlo todo.

*

“Aquí callo sin comprender”, dice Macedonio. Cuando “la Tierra Solaricia” desfallece y las “noches diurnales” resucitan la luz y la presencia, en memoria del sol, lo que emerge es, en la extraña lengua inventada por Macedonio (artificial y natural, *hablada* y conceptista), una “fidelidad de compañía a la órbita de la Tierra”. Una mitología. Que es lógica concreta: arte salvaje, pensamiento sensible. Y que convierte al poeta en mitólogo. Con doble significado: narrador de mitos e interrogador (no correspondido) de los misterios del cosmos. El suyo es un *relato* íntimo que “astronomiza” la pasión humana y personifica a las fuerzas cósmicas:

Astro memorioso que esmeras un día de cada dos en tocar de diurnidad la noche terrenal,
cual si supieras que la memoria solar de la tierra solaricia es desfalleciente de un día a otro alternado día,
y así, antes y después, le has de hacer noches diurnales a la Tierra,
y lo haces tú, tú que no tienes olvido por ausencia, tú que ausente por noches frías en la memoria de ti por la Tierra, inquietaste por la memoria solar de la Tierra.

Pero el relato no se queda ahí. “He comprendido un misterio tuyo, pero éste no”, le dice Macedonio a la luna. Y añade una hipótesis inquietante: “¿O es que no nos vienes en tu amor, sino en un menos amor, y en principal cuidas del amor solarico de la Tierra?”:

Cuando te veo recién arribada, alcanzado por ti nuestro borde, pareciendo vacilar allí y como a emprender un rodar a lo largo del horizonte por gustarlo, y luego te pliegas a un ascenso, ¿qué nos quieres decir así?

*

Lo que sigue es una evocación del bosque o de la foresta nocturna: el “ojo

del ciprés” y su “mirar obseso”, el “único astro que mira” y la vaga aspiración al “no ser” –el “perfil de los cipreses”, “un cielo sin mirada en las noches”, “astros que agitan” y otros que “acompañan” (como esa luna que iluminó una triste travesía en el delta del Paraná). Los “saltitos de luz a sombras” de la luna, entre los árboles. La luz segunda, o sea: la “mitigación participante”.

Todo sucede un poco como en el *Primero sueño* de sor Juana. Ahí todo comienza con la muerte, el incesto, la culpa, la transgresión de los espacios sagrados. Y el *alternar* de la oreja que duerme –la del perro o del venado. Entre las selvas, los bosques y los templos.

*

Una cosmología subjetiva se oculta en el poema de Macedonio. Una cosmología “salvaje” y aparentemente primitiva, que podemos identificar igualmente con la versión del idealismo absoluto preconizada por él (el “Almismo Alyoico”), con las mitologías esotéricas de fin de siglo o con la cosmovisión chamánica de los pueblos amerindios. El sueño y la realidad son lo mismo, o en todo caso son expresiones distintas de una misma realidad –o irrealidad. El *Sueño* de sor Juana y el trance onírico de los chamanes obedecen a la misma experiencia, al mismo pensamiento “salvaje”. En otro trabajo, comparé la imagen de los tigres “soñados” o temidos de otro poema de Macedonio (*Poema de poesía del pensar*, dedicado a Borges por su *Luna de enfrente*¹) con los “jaguares alucinatorios” de los chamanes amazónicos (Flores, 2004) e incluso con el tigre de Blake, que un trabajo reciente asocia y hace provenir de esos mismos jaguares de la mitología indoamericana (Brotherston, 2007). ¿No es *El zapallo que se hizo cosmos*, como lo muestra una reflexión menos reciente, escrita a la luz de las teorías de Mircea Eliade (Ontiveros, 2003), un extraño mito de creación propiamente americano?

*

¹ En realidad, el *Poema de poesía del pensar*, con las dos partes que lo componen (el “Intento de esta poemática” y la “Metafísica-estética de este poema a la Luna”) constituye algo así como el prólogo al *Poema al astro de luz memorial*, que aquí pretendo analizar. Separé ambos textos para recalcar el valor autónomo del segundo y su vinculación evidente con el *Poema de trabajos de estudios de las estéticas de la Siesta*.

Una mitología subjetiva, “salvaje”, se oculta, pues, en el poema de Macedonio. El poeta y el mitólogo aspiran, en el fondo, a lo mismo: a descifrar “el Misterio”. Y no me refiero aquí al mitólogo académico, supuestamente científico, ni tampoco al poeta académico. Hablo del “contemplador”, del “existidor” –del “salvaje” y su aspiración a devenir mitólogo y poeta:

Qué es la Luna no lo sabemos los hombres y aun artistas y poetas, qué sentido tienen su ser y sus modos, su adhesión a la Tierra, su seguimiento al Sol, su mediación mnemónica entre la Tierra y el Sol y por qué quiere hacer diurnales unas y no otras de las noches terrenas, y tantas cosas más, neciamente explicadas, que de ella ignoramos pero que sólo puede explicarlas la Doctrina del Misterio.

Pregunta no respondida, aspiración frustrada. Pero que la ciencia tampoco explica:

Que el Sol te atrae, que la Tierra también, que recibes la luz del Sol y sin amor, por fuerza la reflejas a la Tierra, éstas no son explicaciones; no se nos dice por qué el Sol brilla, por qué en torno suyo gira la Luna en torno de la Tierra, ya que pudo ser otramente; por qué hay una luz interceptable, por qué hay una luz que tiene sombras, por qué ceden a su paso unas cosas y otras no y hay lo opaco y lo traslúcido.

Lo que importa, dice, es la afección, la emoción, y no las explicaciones mecánicas:

Mecánica dirá por qué, pero yo no pregunto sino para qué, razón para el alma, pues Conciencia se anula si admite un Mundo rígido, y todo el por qué físico no es más que decirme el antes de algo, o sea una evasión, no una respuesta.

El universo, aunque sin Dios, habla. La razón lógica, nihilista, impone su silencio, su autoridad, sobre el “concierto” silencioso de los astros y la memoria mítica que guardan:

Lo que anhelamos explicar es qué debemos sentir y adivinar ante estos hechos, ante el comportamiento lunar, qué nos quiere decir y de qué manera concierta con el misterio total único. La espontaneidad, el acontecer libre, no es una respuesta; es un renunciamiento explicativo.

*

Aquí hago otra pequeña digresión. En una nota al final del poema, Macedonio protesta, “jovialmente”, contra los “fatalistas mecánicos”. “Aparento creer”, continúa, “reformando la astronomía casera, la de la Tierra, que la Luna se muestra cada noche siguiente a una de ocultación”. Y dice hacerlo para colmar “su vocación poética” (la de la luna). Aboga, ya lo vimos —“si además de yo y el lector hay otros astrónomos en el mundo”—, por instaurar una “Astronomía no Pasiva”: “que no deje, en el Cielo, todo como esté”, y no consienta a “esas voluminosas masas astrales moverse sin significarnos nada por donde quieran”. Y añade:

En tren de recomendar, recomiéndese también una Psicología Constructiva que procure a cada uno el grado y tipo de locura que ayude a vivir ilusionado; un 10% de demencialidad, euforia y analgesia por mitades, que nos deshorrorice algo el vivir, que nos desperfile la fiereza del encaramiento que nos pone la Vida; en lugar de perder el tiempo en inútiles clasificaciones forzadas y ya que nada curan de la perfecta salud mental, lucidez que es una condena, súplannos una dosificación útil de demencia.

*

Pero volvamos al poema y concluyamos su lectura. Si lo que impone, cada noche, el cielo es la contemplación del “Misterio” y la ciencia “no explica nada”; si lo que el espíritu desea saber es el “para qué” del mundo y sus imágenes (“sentir” o “adivinar” su sentido), hay que reconocer que Macedonio —ese poeta o mitólogo ordinario— fracasa también en su intento:

Todavía no es poeta, no soy poeta, no hay poeta, pues que esto no se sabe. Hasta ahora, pues, sólo vivimos.

Y esa limitación, que parece inevitable, tiene dos vertientes misteriosas y de raíces oscuramente mitológicas. Una de ellas es la muerte —y la muerte de la amada—: obsesión de Macedonio que se oculta, aquí, en la metáfora de la luna. Como decía el epígrafe: “Yo todo lo voy diciendo para matar la Muerte en ‘Ella’”. Ocultación de la amada y de la luna: fases de ausencia y desaparición, fidelidad, memoria solar y terrenal. La luna es una imagen de la madre: una madre mitológica, nutricia, que fusiona muerte y nacimiento. Quizá morimos al nacer y nacemos con la muerte, como en los mitos indígenas de reencarnación y los dramas barrocos. Quizá el “saber” de la luna y de la muerte es el único alimento nutricio, anterior a la leche materna. Quizá la posibilidad de vivir radique en ese conocimiento, en ese deseo. Y de estas preguntas y estas dudas se desprende una angustia, una incertidumbre existencial:

Debió enseñárenos y debimos entenderlo antes que nuestro saber ignorado innato y luego nuestro acto nos hicieran gustar por primera vez el pecho materno. ¿Pero cómo, se dirá, ha de esperar el niño a conocer el sentido de la Luna para empezar a nutrirse, si en tanto morirá? ¿Pero por qué, digo yo, ha de precisar nutrirse antes de entender el sentido de la Luna y se ha de morir si deja lo uno por lo otro? La ciencia no lo dijo, es evidente, pero el poeta no lo dijo nunca tampoco, aún.

*

La forma misma de la poesía macedoniana está marcada por esa imposibilidad. Por eso se concluye: “Todavía no es poeta, no soy poeta, no hay poeta, pues que esto no se sabe. Hasta ahora, pues, sólo vivimos”. Y el *Poema de trabajos de estudios de las estéticas de la siesta* termina (como el *Sueño* de sor Juana o *Un golpe de dados* de Mallarmé, aunque a su modo) con el reconocimiento, entre paréntesis, del fracaso del poeta y un poema nunca realizado:

(Pero esto ha de ser dado en versión, es decir en metáfora, no en definición. Quien tenga la metáfora de la Siesta, la dé. Yo se la pediré al gallo insomne de la Noche de la Siesta.)

Y tampoco la noche lunar, la del “único astro que mira” en vez de echar saetas de chispas, se ofrece a la revelación. La poesía se hace imposible; el poema nunca fructificará:

Y yo miraré la próxima Luna todavía sin entenderla.

Oh Luna, que puede amarse, bien me pareces Pobrecita del cielo.

*

¿Poeta o mitólogo? Ni una cosa ni otra. Salvo que se considere a ambas desde un punto de vista “heteróclito”, para decirlo con Raymond Queneau. Un híbrido. Una planta extraña. Un “zapallo hecho cosmos” (siendo el *zapallo* un nombre guaraní de la calabaza indígena). Criollo, trasplantado, mestizado. Híbrido: cruce raro de variedades, razas, especies distintas –inasimilable, en el caso de Macedonio al menos, a ninguna otra. Compuesto de elementos, anormalmente reunidos, que participa de distintos conjuntos, géneros, estilos. No hay poeta (dice Macedonio), todavía no hay poeta. ¿Y mitólogos? ¿Puede decirse que hay mitólogos? Tergiversando a Macedonio, ¿“además de yo y el lector, hay otros mitólogos en el mundo”? ¿No es la luna, aunque blanca, mestiza? ¿Una mendiga? ¿Híbrido de la vida y la muerte?

Bibliografía citada

BROTHERSTON, Gordon. "El jaguar legible". Mariana Masera y Enrique Flores, eds. Coloquio La Otra Nueva España III. México. UNAM, 2007. En prensa.

FLORES, Enrique. Los tigres del miedo. Páginas fantásticas de Macedonio Fernández. México, UNAM, 2004.

ONTIVEROS, Adriana. El humorismo vegetal de Macedonio Fernández. Tesis de licenciatura. México: UNAM, 2004.

QUENEAU, Raymond. En los confines de las tinieblas. Los locos literarios. Trad. Julián Mateo Ballorca. Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2004.